Seamos la falange compacta que todo lo arrolla y lo penetra. Que el nombre de asturianos equivalga al de hermanos entre nosotros como sucedía en tiempo de nuestros padres, y aunque dispersos, en la lucha por la vida, por toda la redondez de los orbes, que al eco del Himno tradicional de nuestras Montañas se agrupen nuestros esfuérzos y se unan nuestros corazones en el santo amor, en el tres veces santo amor de la patria. Y cuando viejos nos retiremos á descansar y á morir á la sombra de los árboles seculares que dieron sombra á nuestras cunas, junto al sepulcro de nuestros mayores, podamos legar á nuestros hijos incólume, el lazo de unión, el fuego sacro de amor á aquella región bendita, que jamás se aparta de nuestra memoria, por la que palpita ardiente nuestro corazón, en cuyo nombre nos hallamos aquí congregados; la que tiene por timbre y por blasón esa Cruz (señala la de la *Victoria*), la santa y hermosa y noble, la gloriosa región Asturiana! (*Grandes y prolongados aplausos.*)

CORONACIÓN DE LEON XIII

DISCURSO

PRONUNCIADO EN SU CUARTO ANIVERSARIO

EN LA UNIÓN CATÓLICA

Excmo. Sr.:

Señores:

Dice nuestro insigne filósofo español Fr. Zeferino González, que de dos causas opuestas puede provenir la dificultad de explicar una materia: ó de lo muy compleja que ella sea, ó de su misma simplicidad; porque si de una parte la multitud de conceptos que comprende hace muy difícil encontrar su esencia, de otra la misma simplicidad y abstracción de la naturaleza que se define, la hacen, por tal manera abstrusa, que la inteligencia no acierta á encontrar su verdadera substancia, para explicarla de modo que sea fácilmente comprendida.

Esto, que resulta evidente en las cuestiones metafísicas y filosóficas, tiene también su aplicación aunque de distinta manera, cuando se

trata de las cuestiones de historia, ó de filosofía de la historia.

Hay cuestiones que por lo ignoradas, por lo difíciles, por lo apartadas que están las fuentes de su conocimiento, es muy difícil comprenderlas en su verdadera esencia, abarcarlas en toda su magnitud, y contemplarlas desde su verdadero punto de vista; y las hay también que por lo evidentes, por lo palpables, por lo vulgarizadas que se encuentran, es muy difícil tratarlas sin caer en la repetición, en el lugar común, viniendo á decir, una vez más, lo que todos estamos diciendo todos los días.

Esto es lo que tiene que suceder con la materia que, muy ligeramente, voy á tratar esta noche.

Si á ello se agrega que el estado de mi salud no me permite dedicarla todo el fuego, todo el fervor, todo el ardimiento, único tributo que yo puedo traer siempre á las causas que defiendo, tendréis que contentaros con una ligera repetición de lo que nosotros nos estamos diciendo todos los días; pero al fin y al cabo podrá servirme y serviros de consuelo aquella frase del gran orador francés, del ilustre Lacordaire, cuando, defendiendo contra los impíos el santo rosario, contestaba al argumento de la inutilidad de cansar con la repetición de una misma palabra á la Divinidad, diciendo:

«El amor no tiene más que una palabra, y pronunciándola incesantemente no la repite jamás.» (*Muy bien, muy bien.*)

Hoy, al fijar la vista sobre el problema que tanto nos ocupa, y que verdaderamente es el problema único, porque es el problema universal, se me ha ocurrido de pronto formular de esta manera mi pensamiento; ó, por mejor decir, la cuestión me ha herido bajo esta faz: *que en nada, ó en casi nada, brilla tanto la Providencia de Dios en favor de su Iglesia, como en la economía divina que preside á la provisión de sus Pontífices, según las necesidades sociales de cada momento histórico.*

Verdaderamente, la Iglesia es la Esposa de Jesucristo, y los Papas son los Vicarios de Cristo en la tierra; defenderla, protegerla, ensalzarla y glorificarla, es la misión de los Pontífices; y Dios, que ha querido que nuestra fe tuviese algún mérito, no ha querido echar mano constante y permanentemente del milagro, dotando á la Iglesia de Pontífices ángeles, y valiéndose de lo sobrenatural, de manera que nuestra fe no tuviera mérito alguno, y que en el orden de las ideas, en el orden espiritual, en el orden intelectual y en el moral, sucediera todo casi tan mecánica, tan necesaria y fatalmente como sucede en el mundo de la naturaleza. Dios ha querido que nuestra fe

fuera racional, y al esconder su Providencia tras el velo de las causas segundas, no por eso deja de presentar, tanto por su oportunidad y por su permanencia, como por todos los caracteres que tiene la acción divina en el mundo, una verdad, á los ojos de todo observador: que en el desarrollo lento y progresivo, en los rápidos desenvolvimientos, en las grandes crisis que presenta la historia del Cristianismo, se descubre de tal modo la acción de una inteligencia superior, que obliga á todos los filósofos á exclamar: *Digitus Dei est hic.*

Y de tal manera sucede esto, que examinando la gloriosa serie de los Pontífices con que Dios ha dotado á su Esposa, vemos que en todos ellos brillaron las cualidades necesarias para que la Iglesia desplegase á los ojos de la humanidad la virtud más necesaria en aquella época; y así nos explicamos cómo Dios ha podido permitir que algunos Pontífices no apareciesen siempre rodeados de la aureola de santidad y de pureza que hubiéramos querido ver siempre sobre las sienes de los Vicarios de Dios; pues si Dios quiere la glorificación de su Esposa, las esposas, como las madres, tienen algunas virtudes heróicas que sólo pueden desplegar con los hijos ingratos y con los esposos que las abandonan.

Así vemos, recorriendo ligeramente la gloriosa serie de los Pontífices á través de la historia, que cuando Dios quiere establecer el fundamento de su Iglesia, demostrar su Divinidad, no busca á ningún César ni á ningún Rey, á ningún sabio ni á ningún opulento; va á buscar allá en el fondo de la Judea, en Galilea, en las orillas del lago de Nazaret, á un pescador rudo y humilde, y, llamándole para que le siga, lo envía en su nombre á Roma; y aquel pescador judío, entra un día en la Roma de Nerón, desconocido, despreciado por los orgullosos romanos que le rodean á lo largo de la vía Sacra, llena de monumentos, y entra en Roma ¿á qué? ¡á morir clavado en una cruz como un malhechor? y, sin embargo, el suplicio de San Pedro en el Montorio es la cuna sagrada de la interminable dinastía de los Pontífices Romanos.

Y sus sucesores inmediatos, destinados á consolidar la fe, ¿dónde los busca? No los busca en los palacios, ni en el foro entre los grandes políticos, ni en las escuelas entre los grandes filósofos, no: los busca allí en el misterioso seno de las obscuras catacumbas, y allí los escoge, no para vencedores, sino para hostias destinadas al sacrificio, como mártires que van heredando de unos en otros el derecho al potro, que es el verdadero solio y el único trono en que resplandece la majestad de los Pontí-

fices Romanos y la divinidad de su Iglesia, en medio de las universales tinieblas del paganismo. (*Muy bien, muy bien.*)

Pero pasa, señores, esa época; viene, después de vencido el paganismo, la irrupción de los bárbaros. Nada los detiene; ni las legiones romanas, ni la riqueza de los palacios, ni la belleza de los monumentos; todo lo asuelan y destrozan, y sólo se detienen ¿ante quién? ante el Papa, con que Dios dotó á la Iglesia en aquel instante supremo; ante San León el Magno, que se prosterna á los pies de Atila, y salva á Italia del incendio y del saqueo, como más tarde á Roma, de los furores de Genserico.

Las irrupciones dan su fruto: por todas partes se destruyen los monumentos; la cultura se destierra de Roma, y puede decirse que del mundo, y entonces Dios, en medio de aquella tenebrosa obscuridad en que gemía Europa, sabe buscar para Roma un Papa como Silvestre II, que llegó á merecer de sus contemporáneos el renombre de Mágico: tal era el asombro que causaba en ellos su maravilloso saber.

Después, cuando el imperio sacro-romano, que tantas y tan memorables luchas sostuvo con la Iglesia, parecía que había reducido á la Esposa de Dios á perpetua servidumbre, Dios suscita á su Iglesia al gran Gregorio VII, que reivindica y alcanza su independencia espiri-

tual en sus luchas con Enrique IV, y al no menos grande Alejandro III, que reivindica y conquista su independencia política, derrotando á Federico Barbarroja en la memorable jornada de Legnano, en que se salvó asimismo la independencia de Italia, que tantas veces han salvado los Pontífices, y que tantas veces ha visto á muchos de sus ingratos hijos volverse contra ellos en la hora del triunfo y en la hora de la bienandanza. (*Muy bien, muy bien.*)

Y después, cuando los Papas habían fundado el Catolicismo, habían civilizado á Europa, habían defendido la Cristiandad, y llegaba la Civilización Cristiana al apogeo de todo su esplendoroso desarrollo en aquel glorioso siglo XIII, Dios concede á su Iglesia, para presidir á tan magníficos destinos, la gran figura del inmortal Pontífice Inocencio III, que los explica con su bondad y los domina con su grandeza.

Y luego, cuando según el dicho de un ilustre escritor cristiano hubo que embellecer la sociedad cuando ya no era necesario defenderla, esa Iglesia católica, tachada de ignorante y obscurantista, vió sentado en el solio de sus Pontífices á León X, que dió su nombre á su siglo, y eso que su siglo era el siglo del Renacimiento; y más tarde cuando los turcos, dueños del Oriente, acampan ya en Europa y

extienden el terror de sus armas y de sus conquistas hasta el corazón de la Cristiandad, Dios suscita á San Pío V, á cuya voz arma sus escuadras la nación española y hunde el poderío musulmán en el hirviente golfo de Lepanto.

Cuando las facciones, devastando las villas y lugares, y asolando los campos, infestan á Italia de bandidos, haciendo imposible la vida, Dios, que tan á menudo coloca la piedad y la dulzura en el solio de los soberanos de Roma, sentará en él la energía y el vigor de la justicia con Sixto V, y ante terribles escarmientos la paz y la confianza renacerán en Roma y en Italia.

¡Ah, señores! ¿Para qué continuar? Si yo tuviera los conocimientos históricos suficientes para investigar en sus actos la misión de cada Pontífice en la tierra, veríamos cómo todos ellos respondían admirablemente á la necesidad más imperiosa de la Iglesia, al estado de la Europa en su tiempo, á la acción providencial de Dios en el mundo. Y si no, mirad lo que sucede cuando el obscuro y plebeyo corso se encarama en los brazos de la Revolución y recorre la Europa azotando con su látigo las espaldas de los monarcas absolutos que habían tomado parte en la conjuración contra la Iglesia de Cristo: todo lo vence, todo lo atropella; sólo en realidad es vencido por vez primera,

cuando la fuerza suprema de Napoleón se encuentra con la dulzura suprema de Pío VII.

Y si miramos á nuestros días y contemplamos la gran figura de Pío IX, ¿qué hemos de decir del mártir de la Revolución moderna, sino que Dios envió á su Iglesia al único arcángel que podía hundir á su verdugo hiriéndole en el corazón de sus mismos errores? Porque la verdad es, señores, que si quisiéramos concretar cuál es la misión que Pío IX ha traído al mundo, me atrevería á condensarla en esta frase: desenmascarar á la Revolución. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) La verdad es que la Revolución hoy todos la conocemos; pero á principios de este siglo, ¡cuán pocos la conocían! Había un ansia vehemente, noble y generosa de libertad en todos los corazones: la causa de la independencia de Italia era una causa justa ¿por qué no decirlo? y la Revolución, engalanándose con esos laureles que no le pertenecían, se presentaba á los ojos de todo el mundo como una causa generosa, y quería escoger, para que la guiase á los combates, al al Papa nuevo, á Pío IX. ¿Y quién sino Pío IX tuvo la suficiente fortaleza de ánimo, el suficiente criterio para distinguir entre lo lícito y lo ilícito, para ir hasta donde debía ir como Rey, y detenerse donde debía detenerse como Pontífice? ¿Quién supo, como él, conciliar los

deberes de italiano con los deberes de Papa? ¿Quién supo, como él, demostrar con Rossi, asesinado ante las puertas de la Cámara, que la paz con que la Revolución brindaba, era la guerra; que la independencia que se quería, era la servidumbre, y la libertad que se proclamaba, era la tiranía? (*¡Bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos.*)

El día, señores, exclama el orador á que antes he aludido (el grande Lacordaire), en que la Italia, libre de la irreligión, vuelva la vista hacia su destino realizado, la figura de un gran Pontífice se le aparecerá ante sus ojos, y justa, aunque tardíamente, si alguna vez es tarde para hacer justicia, levantará una estatua al Washington que la Providencia la había concedido y ella rechazó.

Pero Pío IX hizo más: después que su popularidad entre ciertas gentes se disipó como la bruma que arrebata el viento, en cuanto se opuso á los planes de la Revolución, desenmascarada por los asesinos en Roma mismo; entonces, ya fuerte, no con la vana popularidad del populacho que grita, sino con el testimonio de la propia conciencia, se propuso curar los males de la humanidad en su tiempo, vió que estaba en el siglo del sensualismo y proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción, consagró el universo al Sagrado Corazón de

Jesús, elevó á los altares á los santos pobres, como Benito Labre, beatificado por Pío IX y canonizado por Su Santidad León XIII, y á los mártires del Japón, y reconoció como protector de la Iglesia al Patriarca San José. Y con gallarda mano clavó sobre las puertas mismas de los alcázares de la Revolución la lista de sus iniquidades, el *Syllabus* de sus funestísimos errores.

Vió que la duda era otro de los males que corroían á la Cristiandad, y proclamó el dogma de la infalibilidad, reuniendo para eso un Concilio con una oportunidad admirable; porque al mismo tiempo que dió pruebas de la vitalidad de la Iglesia en el mismo momento en que iba á ser despojada; al mismo tiempo, con la interrupción que tuvo que sufrir ese Concilio cuando los italianos penetraron en Roma por la brecha de la Puerta Pía, demostró, y está demostrando diariamente, que el Papa y la Iglesia están prisioneros en Italia.

Pero hubo tiempo suficiente para que el Concilio proclamase el dogma de la infalibilidad, dando á la Iglesia las armas necesarias para defender á la verdad divina del error durante el largo cautiverio que se le preparaba.

Después, persuadido que su destino era ser el mártir de la Revolución, la *crux de cruce*, se cruzó de brazos ante los poderosos de Europa,